Análisis de un memorial en verso

Eutimio Martín
Universidad de Aix-en-Provence

En el semanario local *El Pueblo de Orihuela,* órgano de los Sindicatos Católicos, dirigido por el canónigo Luis Almarcha, se publicó, el 2 de febrero de 1931, el siguiente poema de Miguel Hernández:

Carta completamente abierta

A TODOS LOS ORIOLANOS[1]

Alma de mis oriolanos:
¡digo!...oriolanos de mi alma.
A vosotros me dirijo
desde esta carta «arrimada»[2]
5 que escribo teniendo por
mesa el lomo de una cabra,
en la milagrosa huerta
mientras cuido la manada,

---

[1] Este poema fue exhumado, junto con otras composiciones juveniles hernandianas, por Claude Couffon en *Orihuela y Miguel Hernández* (Paris, Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques, 1963; Losada, 1967). Claude Couffon y su colaborador Francisco Giménez Mateo corrigieron algunas erratas del periódico pero no advirtieron otras. Agustín Sánchez Vidal en su edición de *Poesías completas* (Madrid, Aguilar, 1979) sigue el texto de Couffon prolongando así un error de transcripción (*las* y no *los* en el v. 86). También deja sin corregir dos erratas de *El Pueblo de Orihuela: Bartolozzi,* no *Bartolazzi* (v. 38); *perra*, en lugar de *perro* (v. 116)

[2] En *El Pueblo de Orihuela* se lee «arimada». Como Claude Couffon, ajustamos la grafía a la fonética de este tipo de vulgarismos (a-rimada, como a-radio, a-recular) que la yuxtaposición de la *a* protética obliga a escribir: *arrimada, arradio, arrecular.*

tras saludaros lo mismo
10 que hacen todos en las cartas.
Y me dirijo a vosotros
para...para...para... para ...
(¡Ay! Perdonadme un momento.
Voy a echarle una pedrada
15 a la «Luná», que se ha ido
artera a un bancal de habas
y el huertano dueño de ellas
me está gritando desgracias.
Bien. Ya la espanté.) Prosigo:
20 ¿Os decía? ... ¡Ah, sí, sí...! ¡Calla!
Que me dirijo a vosotros
(¡Rediós! ¡Otra vez la cabra
y el huertano que me grita!
Maldita sea la estampa
25 del animal que no quiere
que diga lo que empezaba.
¡«Luná»!... Ya escapó). Sigamos.
Y me dirijo así, para
deciros que pienso hacer
30 con poesías de las dadas
a luz y de las que están
sin ver la luz para nada
—que son bastantes— un libro.
¡Un libro, un libro! ¿Os extraña?
35 Pues que no os extrañe. Un ¡libro!
Un bello libro que vaya
ilustrado por Penagos[3],
por Bartolozzi[4] o Pedraza[5]

---

[3] Rafael de Penagos (Madrid, 1889-Madrid, 1954). Muy célebre dibujante y cartelista de los años veinte y treinta. Las «mujeres-Penagos», tiñeron de exquisita sensibilidad y erotismo un tanto exótico las páginas de las revistas ilustradas, tanto españolas *(Mundo Gráfico, La Esfera, Blanco y Negro)* como latinoamericanas *(Caras y Caretas)* Ilustraba igualmente los muy populares *Cuentos de Calleja*. Miguel Hernández debía de conocer, sin duda, las portadas de Penagos en *La Novela Ilustrada* que dirigía Blasco Ibáñez. Y envidiar la que ilustraba las *Obras Completas* de Valle Inclán.

[4] Salvador Bartolozzi (Madrid, 1882- Madrid, 1954). Hijo del escultor italiano Lucas Bartolozzi, fue director artístico de la editorial Calleja e ilustrador asiduo de *Blanco y Negro, La Esfera, Ahora.* Fue el gran rival de Penagos y, a partir de 1928, inició en la revista *Estampa* la serie celebérrima de «Las aventuras maravillosas de Pipo y Pipa». Junto con Fontanals y Barradas constituyó el trío de los mejores escenógrafos del teatro español.

[5] José Pedraza Ostos (Sevilla, 1880-?). Pintor y grabador. En grabado ganó la tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1924; la segunda en la de 1926 y la primera en la de 1934. (Cf. Bernardino de Pantorba: *Historia y crítica de las exposiciones nacionales de Bellas Artes celebradas en España.* Madrid, Ediciones Alcor, 1948. Agradezco esta información bibliográfica a la erudición generosa de mi amigo Rafael Santos Torroella).

y prologado por...¡vamos!
40 por el primero que salga.
¿Qué me decís? ¿Que es locura?
¿Que véis muy mal que lo haga?
¿Que no puede ser? ¿Que es mucha
mi presunción y mi audacia?
45 ¿Que me lo he creído...? ¡Palabra!
Me he creído ser poeta
de estro tal que en nubes raya
y digno de contender
con Homero, con Petrarca,
50 con Virgilio, con Boscán
con Dante y toda la escuadra
de clásicos que palpita
por ab aeterno en las páginas ...
y a los que yo no conozco
55 más que de oídas...y gracias—.
Me he creído que en mi mente
bullen imágenes claras
cual nuestro azul. —¡Vaya símil!—.
Me he creído, que, de mi alma
60 la nube lechosa y pura
—¡vaya fulgor de metáfora!—
puede dar continua lluvia
de versos de urdimbre mágica.
Me he creído... (¡Perdonadme,
65 que otra vez está en las habas
la «Luná» de mis pecados
y ahora no grita, no: rabia
el huertano. «¡Luná»! (¡Toma!
¡Para que otra vez no vayas!)
70 Os repito: Me he creído
que...¡vamos!, que tengo pasta
de poeta. Que yo puedo
subir muy alto...sin alas.
Vosotros sabéis de sobra
75 lo que valgo. —¡Dios me valga!—
Vosotros habéis leído
los versos que en las preclaras
—adjetivo muy usado,
pero pasa, ¿verdad?, pasa,
80 lo mismo que otros más viejos—
revistas de nuestra patria
chica vengo publicando
con muchas y gruesas faltas

de prosodia y de sintaxis,
85 de ritmo y de consonancia,
en las que hay imitaciones
harto serviles y bajas,
reminiscencias y plagios
y hasta estrofitas copiadas.
90 Vosotros, tras de leerlos,
me habéis dicho: «Pastor, ¡vaya!
eres ya todo un poeta».
Y así, con toda mi alma
me lo he creído y con toda
95 ella quiero imprimir para
la florida primavera,
cuando todo ríe y habla,
cuando todo sueña y trina,
cuando todo brilla y canta,
100 un libro que me dé ánimos
para seguir mi sonata
pastoril y me dé el gozo
de unos pétalos de fama.
Oriolanos, mis paisanos:
105 —dos hemistiquios que hermanan—
al deciros en mi mal
compuesta y rimada carta
que pienso tejer un libro
con mis rimas poco gayas
110 y poco...¡bien! no es tan sólo
para que ninguno yazga
ignorante. Es por...por...por...
(Aguardad que dé a la cabra,
que otra vez se fue al habado
115 bancal[6] y el huertano rabia.
¡«Luná»! ¡«Luná»!...¡Toma, perra!
¡Por volver a las andadas!)
Decía que es por...por...por...
porque valdrá mucha plata
120 editar el libro... y yo
no puedo valerlo en nada.
¿Me entendéis?...¿No?...¡Santo Dios!
Hablaré más a las claras:
Que os pido, ¡eso es!, que os pido

[6] *Bancal*: en la Vega Baja del Seguro es un cultivo de terraza y, por extensión, cualquier terreno de labor de pocas dimensiones.

125 una peseta —no falsa—
un duro, ¡lo que queráis!
para poder ver mis ansias
satisfechas...¿me daréis
lo que si no me causara
130 vergüenza hasta de rodillas
os pidieran mis palabras?
Confiando en que querréis
tener un artista, —en mantas
o mantillas aún, y humilde
135 y modesto hasta Managua—[7]
se despide de vosotros
anticipándoos las gracias
este pastor a quien viene
a soltar cuatro guantadas
140 un huertano porque están
en un sembrado sus cabras.

MIGUEL HERNÁNDEZ

En la huerta 1 Febrero 1931

Un memorial en verso

El mensaje está claro: *soy tan mal pastor como buen poeta y si no queréis seguir teniendo problemas en vuestros sembrados con mis cabras ayudadme económicamente a cambiar de oficio y dedicarme a lo mío que es la literatura. Porque no hay quien escriba sobre el lomo de una cabra.*

Esto es, en resumidas cuentas, lo que Miguel Hernández les dice a sus conciudadanos pero pagando su petición con la honrada moneda de un memorial en verso. Que no otra cosa es este poema sino un memorial en la plena acepción (la segunda del D.R.A.) de la palabra: «*Memorial*: papel o escrito en que se pide una merced o gracia, alegando los méritos o motivos en que se funda la solicitud». La «merced o gracia» que Miguel Hernández solicita es el dinero necesario para editar su primer libro de versos. Y «se funda la solicitud» en la deuda moral contraída por el impetrado desde el momento en que ha reconocido éste, públicamente, los méritos del impetrante.

Todo memorial reposa sobre la piedra angular del autorretrato del solicitante. De la luz que proyecte sobre sí, favorable o desfavorable, depende el éxito o el

[7] A remolque de la rima, el poeta inventa una expresión de superlativo calcada sobre el popular «de aquí a Lima». Ej.: «Eso es un cuento como de aquí a Lima».

fracaso de su demanda. Ahora bien, el retrato inherente al memorial ¿se ajusta indefectiblemente a los rasgos del autor? ¿No ha de esforzarse éste por asemejar su efigie a la del destinatario poniendo de realce una identidad de preferencias morales y estéticas? En cuyo caso ¿no resulta una contradicción hablar de autorretrato en un memorial? No, en modo alguno ya que jamás considera el destinatario del memorial a su autor como un igual sino como un aspirante a pálido remedo. En el fondo, el autorretrato del memorial no es sino un espejo que refleja no la imagen del memorialista sino la del mecenas. Si éste último no llega a contemplar satisfactoriamente su propio retrato en el del memorialista hay pocas probabilidades de ver conseguido lo que se pretende.

En este punto crucial, la tarea de Miguel Hernández se complica desde el momento en que su interlocutor no es un individuo en particular sino *todos los oriolanos*. Se dirige explícitamente a la comunidad orcelitana, es cierto, pero hay un destinatario implícito en quien toda esta grey se auna y proyecta, su pastor espiritual: Luis Almarcha Hernández. Es el Vicario General del obispado y dirigente, como consiliario, de la poderosa organización sindical católica de Orihuela. Es, en suma, el cacique.

El encabezamiento de la carta condensa, con extraordinario ingenio, un destinatario a la vez colectivo e individual:

> *Alma de mis oriolanos:*
> *¡digo!... oriolanos de mi alma.*

Fingiendo un habilísimo traspiés apunta Miguel Hernández en prioridad y por encima de la cabeza de sus paisanos (a quienes sólo nominalmente va dirigida la epístola) al dispensador de la gracia divina, en cuanto sacerdote, y de los créditos y premios de la Caja de Ahorros, como Vicario del obispo, presidente vitalicio de la entidad bancaria. El M.I. Sr. Dr. don Luis Almarcha Hernández tiene que darse forzosamente por aludido en ese «alma de mis oriolanos» con que el poeta rinde homenaje a su sagrado ministerio y al dinamismo social que despliega. El espíritu barroco del futuro autor de *Perito en lunas* (barroco inherente a la prosa eclesiástica) ¿le ha dado pie para asociar el término *alma* al apellido de su pretendido benefactor? La denominación traduce, en todo caso, su propósito de designarlo como el soplo espiritual que infunde vida en la comunidad económica y espiritual de todos los oriolanos. Hay que reconocer en el pastor-poeta una indudable destreza para salir airoso de la obligada «captatio benevolentiae» que ha de presidir todo memorial.

El «alma de los oriolanos» es también un culto aficionado a la poesía y no habrá podido por menos de apreciar en su justo valor el «gay-saber» que despliega el aspirante a poeta profesional. Como hombre de iglesia y como crítico literario el canónigo Almarcha va a quedar —esperémoslo— seducido. No es para menos. Por poca atención que haya puesto en la lectura de estos versos no habrá dejado de observar la posición del término *alma* que preside la composición. Es esta palabra clave de todo texto sagrado la que abre y cierra la primera frase del poema. No sólo es el alfa y el omega del encabezamiento de la composición

poética sino que también es el término *alma*, el alma stricto sensu de la poesía hernandiana en cuanto que, desde su posición final en el segundo verso, alumbra el eje rítmico, desencadena la rima en *a-a* de todo el romance.

Por otra parte, Luis Almarcha puede difícilmente no darse por aludido desde el momento en que la anécdota que estructura todo el poema no es nueva para él. El poeta no se la cuenta sino que se la recuerda. En realidad, le refresca la memoria sacando a colación una promesa de ayuda por parte del eclesiástico. He aquí cómo el propio Luis Almarcha, siendo ya obispo de León, refirió en 1957 su «primer encuentro con Miguel como poeta»:

> Volvía un atardecer con su rebaño. Se acercó a saludarme como otras veces y todo sudoroso me dijo:
>
> —¿Quiere ver unos versos?
>
> Estaban escritos a lápiz.
>
> —Oh, muy bien, Miguelico, me gustan...
>
> Y él con su risa ingenua me dijo:
>
> —Pues me han puesto una multa porque mientras escribía no he visto *ramonear* las cabezas...
>
> —No te asustes; diré al Sr. Miguel (su padre) que la pague, y si no abriremos una suscripción entre los amigos. Sigue haciendo versos, pero en la noche; para el día llévate de casa los libros que quieras...
>
> La multa no se la pusieron, pero ni las cabezas han encontrado otro pastor más distraído, ni mis libros otro lector más atento.
>
> Le animé a escribir poesías para *El Pueblo,* semanario oriolano, en el que yo colaboraba.

Pasemos por alto la modestia del narrador. Era algo más que un simple colaborador de *El Pueblo:* lo dirigía.

Miguel, como vemos, no ha echado en saco roto la eventualidad de una suscripción entre los amigos de Luis Almarcha. Son ellos los que administran los fondos de la potente Caja de Ahorros de la Virgen de Monserrate, el banco de los Sindicatos Católicos ¿Qué significan 500 pesetas —coste medio de un libro de versos— para una entidad bancaria que ha financiado todo un sistema de riegos de la Vega Baja?

Un currículum en extremo favorable

«Que yo puedo/subir muy alto...sin alas/Vosotros sabéis de sobra/ lo que valgo» (vv. 72-75). Por festivo que sea el tono, la afirmación, perentoria, parece no admitir réplica. En efecto, nadie mejor que el lector de *El Pueblo de Orihuela* puede verificar la valía del memorialista puesto que es en este semanario donde más ha publicado. Desde que un año antes se estrenó aquí como poeta, hasta esta *Carta abierta,* quince composiciones nada menos han merecido la publicación, algunas de ellas en primera plana. Más aún, *El Pueblo de Orihuela* presentó

a sus lectores a Miguel Hernández cuando éste aún era totalmente inédito. Así fue como su primer poema, «Pastoril» (*El Pueblo...*, 13-I-1930) vino precedido en el número anterior (30-XII-1929) del siguiente retrato:

LA SONATA PASTORIL

A Miguel Hernández, el pastor que en la paz y el silencio de la hermosa y fecunda huerta Oriolana, canta las estrofas que le inspira su propio corazón.

Cuando la tarde declina
y el sol va perdiendo el brillo
tras de la parda colina,
se siente la sonatina
de un alegre pastorcillo.
¡Es él!...El es quien inspira
de mi huerta los cantares;
y es su cayado la lira
que suena cuando suspira
el viento en los olivares.
Sus versos son cual la brisa
que acaricia con dulzura
cuando la tarde agoniza
al agua que se desliza
silenciosa en el Segura...
Ya torna a su hogar querido
por la vereda desierta
de su rebaño seguido
este pastor ¡que ha nacido
para cantar a su huerta!
Recoge en su seno el viento
la sonatina que canta
marchando con paso lento...
¡El cantar tiene un acento
de plegaria sacrosanta!
Ostenta el cielo un color
amarillento pulido...
¡Es el iris que aì cantor
lo subraya con amor
después del deber cumplido!

CARLOS FENOLL

Carlos Fenoll, panadero de oficio, amasó con este poema una magistral operación de propaganda para dar a conocer a su íntimo amigo el pastor-poeta: la presentación del producto que había que lanzar respondía a la perfección al gusto del consumidor. Miguel Hernández no es, obviamente, el protagonista del poema: poco tenía de pastorcillo un mozo de 20 años que medía 1 m. 70. Pero el Miguel Hernández de la dedicatoria va a fundirse en la mente del lector con el héroe de la composición. El equívoco («Este pastor ¡que ha nacido/para cantar a su huerta!») es necesario para recabar el aura de piedad imprescindible. De otro modo el postulante no conseguirá ser admitido en un órgano de prensa tan influyente como devoto. Carlos Fenoll ha conseguido con creces su propósito. Mediada la composición, el lector de *El Pueblo...* va a ser presa de una imagen subliminal irresistible: Miguel Hernández el pastor-poeta, se ha transfigurado, por obra y gracia de su dedicación poética, en el Buen Pastor. Ni siquiera le falta la aureola. Se la presta el arco que le dora la cabeza: «¡Es el iris que al cantor/lo subraya con amor!».

En sus colaboraciones de *El Pueblo de Orihuela,* a partir del 13 de enero de 1930 en que lo parió como poeta, el joven protegido de Luis Almarcha no olvidó imprimir a su cantar «un acento de plegaria sacrosanta» (vv. 24-25). «Plegaria», precisamente, fue el título de un poema que el órgano católico realzó en primera página el 7 de septiembre de 1930. Es, efectivamente, una oración en verso a la Virgen de Monserrate, patrona de Orihuela, que el propio Vicario hubiera podido leer en el púlpito de la catedral.

Pero si no podemos asegurar que el poema «Plegaria» realzara los oficios religiosos en honor de la patrona de la ciudad, sí sabemos que Miguel Hernández contribuyó a la celebración del 1 de mayo en el Círculo Obrero Católico, también bajo la advocación de la patrona de la ciudad e igualmente dirigido por Luis Almarcha. Allí se leyó (no por el propio autor) un himno al trabajo («Al trabajo») que desarrolla la ideología del sindicalismo católico oriolano, sintetizado en el verso final de la composición: «¡El trabajo es una escala para ver más cerca a Dios!».

Si Miguel Hernández quiere medrar como poeta en las páginas de *El Pueblo...* ha de ponerse al servicio de su ideología socio-religiosa: el trabajo, fuente de santificación. Pero en estos comienzos de 1931 soplan vientos de revolución que alarman al sindicalismo católico. Ya no basta con predicar resignación cristiana al obrero y la caridad al patrono. Se impone ya un militantismo bélico. En el mismo número del 2 de febrero de 1931 en que se publica la *Carta abierta...* el editorial titulado «Un manifiesto» toca a rebato para una movilización general de todos los sindicados en la Federación Nacional de los Sindicatos Católicos Profesionales:

> Los acontecimientos de estos últimos días han puesto de manifiesto que el foco revolucionario verdaderamente peligroso que existe en nuestra Patria está en el campo obrero. Gran parte de las clases trabajadoras están fuera o en contra de la Iglesia y, como consecuencia, contra toda idea de autoridad y orden (...) a contrarrestar

> estos efectos tienden las organizaciones católicas de obreros (...) mas la pequeñez de los éxitos obtenidos obligan a pensar si los medios empleados no serán los que corresponden. A un ejército organizado hay que oponerle otro con elementos apropiados para combatirle. A la Asociación Obrera Socialista hay que oponer la Asociación Obrera Católica.

Miguel Hernández se sentía particularmente concernido por el párrafo siguiente:

> Los católicos instruyen a la masa obrera. Los católicos tienen organizados patronatos, catequesis, obras postescolares, congregaciones y cofradías de obreros, círculos, etcétera, etc., y, sin embargo, los obreros obran contra las doctrinas de la Iglesia y del Estado.

Pero hay una relación indudable de causa a efecto entre la *Carta abierta a todos los oriolanos* y el siguiente texto publicado en el número anterior (26-I-1931):

HACIA LAS SOLUCIONES PRÁCTICAS.
LA BOLSA DEL TRABAJO.

> (...) para atenuar en cuanto sea posible las causas del paro forzoso [de los trabajadores manuales e intelectuales] para encauzar la cooperación material y moral del público católico en favor de las empresas y patronos católicos y para infiltrar más y más en el mundo económico el espíritu de Cristo, juzgamos en gran manera oportuno establecer una «Bolsa española del Trabajo» para patronos y obreros católicos manuales e intelectuales (...).

Miguel Hernández está en paro intelectual desde que en marzo de 1925 su padre le arrancó de las aulas del colegio de Santo Domingo para aherrojarle en la miserable condición, intelectual y económica (Miguel detesta también la pobreza) del oficio de pastor. Luis Almarcha ha sido testigo en el Salón de Grados del colegio de los jesuitas de las dignidades cosechadas por el hijo del Visenterre. Sus colaboraciones poéticas en la prensa oriolana merecen bien el nihil obstat y si los huertanos manifiestan veleidades revolucionarias no será porque Miguel Hernández no ha sumado su voz poética a la de quienes predican la voluntad divina de mantenimiento del orden social.

Cual diputado agrario en campaña electoral, lamenta:

> Los hijos de aquellos huertanos
> ingenuos y llanos,
> que bajo tus cañas vivían satisfechos,
> deshacen tus rústicos techos
> profanos

y llenan de envidia y de odio sus pechos[8].

El campesino modelo de la huerta, helo aquí:

es aquel que cuando el río se salía de sus cauces
y su choza y sus naranjos deshacía entre sus fauces
aún a Dios daba las gracias sin congoja y sin rencor[9].

Y ésta, la reivindicación social soñada por el sindicalismo de Luis Almarcha:

¿Por qué, siñor amo,
me echa de la tierra,
de la barraquica ande la luz vide
por la vez primera?
¿Porque no le cumplo? ¿Porque no le pago?
¡Por la virgencica, tenga osté pacencia!
Han venido las güeltas malas, mu remalas
(...) el río
cuando se esbordó, de ellas me dio cuenta
(...) ¡aspérese al tiempo
que cumplirle puea!
Yo le pagaré tuico lo que debo.
¡Tenga osté pacencia!
¡Ay! no m'eche, no m'eche por Dios
de la quería tierra,
que yo quió morirme
ande yo naciera
¡En mi barraquita llena de gujeros,
de miseria llena![10].

Miguel Hernández tranquiliza a los terratenientes de Alicante:

¡No, no clavó su garra Octubre
en este mundo de verdores
que se ilumina y se recubre
como un altar de luz y flores![11].

---

8 «El alma de la huerta». En *Actualidad*, 3-VII-1930.
9 «Interrogante». En *El Pueblo de Orihuela*, 1-VII-1930.
10 «En mi barraquica». En *El Pueblo de Orihuela*, 27-I-1930.
11 «La bendita tierra». En *El Día* (Alicante), 15-X-1930.

La oferta no corresponde a la demanda

El memorial de Miguel Hernández no fue atendido favorablemente porque no supo, no pudo o no quiso identificarse lo necesario con su mecenas. Las razones que aducía para conseguir la financiación de su libro iban a contrapelo de lo que Luis Almarcha entendía por libro que mereciera su interés. El poeta hubiera debido, antes de enunciar su demanda, leer atentamente una de las raras colaboraciones firmadas por el canónigo en *El Pueblo de Orihuela*. A propósito de un libro escrito por otro eclesiástico se leía en el número fechado 30 de diciembre de 1930: «El autor de este libro es un escolástico de los que han quemado sus cejas y han gastado sus años en la busca y estudio de *la verdad*» (subrayado en el texto). Y forma parte, añadía «de la indestructible falange escolástica». Obviamente, esta *verdad* era la que él defendía como dirigente del órgano de los Sindicatos Católicos. Miguel Hernández no manifestaba el más mínimo entusiasmo por alistarse con su libro en una «falange escolástica». Y lo peor fue que había en la crítica del canónigo una negativa anticipada de la solicitud del poeta, tal como la enunciara. Escribía Luis Almarcha, diríase que pensando en Miguel Hernández: «Dice el inmortal autor del Quijote que una de las mayores tentaciones del demonio es ponerle en el entendimiento que puede componer e imprimir un libro con que gane tanta fama como dinero y tanto dinero cuanta fama». Pues bien, lo que pretende el memorialista con su libro es «el gozo de unos pétalos de fama». E, ilustrado por Penagos o Bartolozzi, también dinero, sin duda.

Tampoco leyó —o, al menos, no con la debida atención— en el mismo número y página de *El Pueblo*... el editorial que comentaba así la encíclica «Casti connubii»: «Combate enérgicamente la licencia de costumbres, la falsa emancipación de la mujer». Diríase una condena expresa de la «mujer-Penagos». Con el artista réprobo confiesa públicamente, en el mismo periódico, que sueña para éste su primer libro.

Miguel Hernández pudo esperar, no sin motivos, que se le ayudara a conseguir un estatuto de escritor. Méritos no le faltaban. Pero lo que Luis Almarcha quiere es un servidor de la contrarrevolución y en modo alguno contribuir al desclasamiento social que supone la condición de intelectual para un cabrero e hijo de cabrero. Para este digno y consecuente representante de la Iglesia Católica no hay más camino para cambiar de estamento que el que arranca, pasa y desemboca en la institución eclesiástica, formando parte de ella u ofreciéndose a su incondicional servicio.